



# La Santa Sede

---

VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI  
A MUNICH, ALTÖTTING Y RATISBONA  
(9-14 DE SEPTIEMBRE DE 2006)

**ORACIÓN DEL PAPA**  
**AL RENOVAR EL ACTO DE CONSAGRACIÓN**  
**DE BAVIERA A LA VIRGEN MARÍA**

*Marienplatz, Munich*  
*Sábado 9 de septiembre de 2006*

Santa Madre del Señor,  
nuestros antepasados,  
en un tiempo de tribulación,  
erigieron tu imagen aquí,  
en el centro de la ciudad de Munich,  
para encomendarte la ciudad y el país.

Querían encontrarse continuamente contigo  
en su vida diaria,  
y aprender de ti  
cómo vivir correctamente su existencia humana;  
aprender de ti cómo encontrar a Dios  
y así hallar el acuerdo entre ellos.

Te regalaron la corona y el cetro,  
que entonces eran los símbolos  
del dominio sobre el país,  
porque sabían que así el poder y el dominio  
estarían en las mejores manos,

en las manos de la Madre.

Tu Hijo,  
poco antes de llegar la hora de la despedida  
dijo a sus discípulos:  
"El que quiera llegar a ser grande entre vosotros  
será vuestro servidor,  
y el que quiera ser el primero entre vosotros  
será esclavo de todos" (*Mc 10, 43*).

Tú, en la hora decisiva de tu vida,  
dijiste: "He aquí la esclava del Señor" (*Lc 1, 38*)  
y viviste toda tu existencia como servicio.  
Y lo sigues haciendo  
a lo largo de los siglos de la historia.

Como en cierta ocasión, en Caná,  
intercediste silenciosamente y con discreción  
en favor de los esposos,  
así lo haces siempre:  
cargas con todas las preocupaciones de los hombres  
y las llevas ante el Señor,  
ante tu Hijo.

Tu poder es la bondad.  
Tu poder es el servicio.  
Enséñanos a nosotros,  
grandes y pequeños,  
dominadores y servidores,  
a vivir así nuestra responsabilidad.

Ayúdanos a encontrar la fuerza  
para la reconciliación y el perdón.  
Ayúdanos a ser pacientes y humildes,  
pero también libres y valientes,  
como lo fuiste tú en la hora de la cruz.

Tú llevas en tus brazos a Jesús,  
el Niño que bendice,  
el Niño que es el Señor del mundo.  
De este modo,

llevando a Aquel que bendice,  
te has convertido tú misma en una bendición.

Bendícenos;  
bendice a esta ciudad y a este país.  
Muéstranos a Jesús,  
el fruto bendito de tu vientre.

Ruega por nosotros, pecadores,  
ahora y en la hora de nuestra muerte.

Amén.